

diferir la apertura del concilio hasta el 15 de enero. De ello se dió noticia a Delfino el 9 de diciembre. En una carta a Borromeo, fechada el 11 del mismo mes, los legados fundamentaban el apartarse de la voluntad del Papa a ellos manifestada, y rogaban que el Papa lo aprobara. Esta aprobación se les envió por Borromeo el 20 de diciembre; se añadía que si la venida de los embajadores imperiales o de los representantes de otro gran príncipe fuera inminente, se permitía todavía otra pequeña dilación (1).

Luego que Simonetta hubo llegado a Trento, los legados deliberaron sobre lo que se debía hacer primero; y tuvieron por lo mejor comenzar tratando sobre el Índice de los libros prohibidos, para no plantear ya al principio la cuestión de la continuación, al proseguir inmediatamente la doctrina de los sacramentos. Simonetta dió relación de ello a Roma el 11 de diciembre y el Papa convino en ello (2). Antes de haber llegado la contestación los legados volvieron no obstante a examinar el asunto el 18 de diciembre, hicieron resaltar los reparos y dificultades, y cambiaron su dictamen en el sentido de someter a los prelados, en la primera congregación después de la apertura, la cuestión de si les parecía mejor continuar tratando los artículos todavía no definidos o proponer nuevos asuntos; ellos creían que todos admitirían la continuación, y que de esta manera no se podría entonces decir nada contra el Papa, pues el mismo concilio se había declarado en favor de ella. Después de esto, el 27 de diciembre, recibieron por Borromeo la respuesta de que el Papa les dejaba enteramente libre hacer lo que tuvieran por bien (3).

El 3 de enero de 1562 los legados que se ocupaban ya celosamente en estos días en los trabajos preparatorios para las deliberaciones conciliares, enviaron a Roma la minuta de un decreto para la primera sesión, compuesto por Seripando (4).

En un consistorio de 17 de diciembre el Papa, que persistía en la pronta apertura del concilio, a pesar de las dificultades que

(1) Susta, I, 122 s., 139. Antes Borromeo (en carta a Hércules Gonzaga, de 15 de diciembre de 1561) había recomendado el día de Reyes como a propósito para la apertura del concilio. Por este día se había declarado también Pío IV, en el consistorio de 17 de diciembre; v. Susta, I, 132 s., 134.

(2) Carta de Borromeo a los legados, de 20 de diciembre de 1561, publicada por Susta, I, 139.

(3) Susta, I, 129 s., 143.

(4) Susta, I, 144 s.; *ibid.*, 146 s. hay la minuta del decreto.

había todavía (1), otorgó la cruz de legado a Marcos Sittich de Hohenems. La partida del cardenal se difirió hasta el nuevo año, y no llegó a Trento hasta el 30 de enero de 1562 (2).

Como día de la apertura del concilio el Papa había elegido el 18 de enero de 1562, domingo, en el cual caía la fiesta de la Cátedra de San Pedro (3), como lo hizo participar a los legados por Borromeo el 31 de diciembre de 1561. A la noticia de Delfino, de que los embajadores imperiales apenas estarían en Trento antes de fin de enero, el 7 del mismo mes se dejó a disposición de los legados el diferir, sea como fuere, la apertura todavía unos ocho o diez días (4).

Como ya se hallaban presentes en Trento cerca de cien prelados, los legados resolvieron mantener el 18 de enero. El 15 se reunió la primera congregación general preparatoria. Efectuóse en el domicilio del cardenal Gonzaga, el cual la abrió como primer legado con una alocución y una plegaria. Después el secretario del concilio, Massarelli, leyó los decretos destinados para la sesión de apertura, y un breve pontificio por el cual se regulaba el orden de colocación entre los Padres del concilio, para evitar disputas de precedencia. Conforme a esto, los patriarcas debían formar la primera clase ilustre, los arzobispos la segunda, los obispos la tercera, los primados, al contrario, no se habían de distinguir de los demás arzobispos; dentro de cada clase los Padres se debían colocar según el tiempo de su promoción (5).

Antes de celebrar la congregación general, lograron los legados remover una dificultad que podía ser muy peligrosa para el concilio que iba a abrirse. Esto es, el 5 de enero, el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero, había ido a verse con Seripando para pedir,

(1) Cf. en el núm. 19 del apéndice la *relación de Fr. Tonina, de 3 de diciembre de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) *Relación de Tonina, fechada en Roma a 17 de diciembre de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Susta, I, 134, 151, II, 14 s.; Steinherz, III, 1; Theiner, I, 680; Ehses, VIII, 122.

(3) Susta, I, 151.

(4) *Ibid.*, 156.

(5) V. Theiner, I, 673 s.; Paleotto, *ibid.*, II, 530 s.; Raynald, 1562, n. 3 s. Cf. Pallavicini, 15, 15, 6 s.; Musotti en Döllinger, Concilio, II, 5. El breve sobre el orden de colocación, con fecha de 31 de diciembre de 1561, se halla en Raynald, 1561, n. 12; Le Plat, IV, 755; Ehses, VIII, 271. Está asimismo fechada en 31 de diciembre de 1561 la bula *Ad universalis*, que dispone que el derecho de votar sólo se puede ejercer estando personalmente presente, y no por un representante. Ehses, VIII, 269 s.

en nombre de los obispos españoles, que en la apertura se evitara toda ambigüedad, y se designara el concilio clara y determinada-mente como continuación del anterior. El 11 de enero Guerrero reiteró su petición ante los cuatro legados y el cardenal Madruzzo y amenazó con una protesta. Los legados emplearon todos los medios para evitar esto. Sus esfuerzos tuvieron buen éxito a última hora. El arzobispo desistió de su exigencia, después que los legados le certificaron que en la apertura del concilio no se usaría expresión ninguna que pudiera interpretarse como una manifiesta declaración contra la continuación; que el sínodo se abriría exactamente conforme al tenor de la bula de convocación; que la declaración de la continuación se haría en tiempo oportuno, y que al fin, así los decretos anteriores, acordados bajo Paulo III y Julio III, como los nuevos, recibirían la confirmación del Papa (1).

(1) Además de las cartas de los legados a Borromeo, de 12 y 15 de enero de 1562, publicadas por Susta, I, 152 s., 158 s., cf. Musotti en Döllinger, Concilio, II, 4 s.; Seripandi Comment., 470 s.; Paleotto en Theiner, II, 530 y la relación de Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, que se puso como intermediario, en Döllinger, loc. cit., 64 s. Cf. las cartas de los obispos de Sutri-Nepi y Módena a Morone, de 15 de enero de 1562, en Ehses, VIII, 279 s.

V. La nueva apertura del concilio de Trento. Sesiones XVII-XXII. Envío de Morone a Innsbruck al emperador Fernando I. 1562-1563

I

Dos años enteros llenos de trabajo y solicitud, habían sido necesarios para vencer el «mar de dificultades» que se oponían a la nueva apertura del concilio. Por eso la satisfacción de Pío IV fué grande y justificada, cuando finalmente vió coronados con buen éxito en su tercer año de reinado los afanes empleados (1).

Fué un día importante para la Iglesia y el papado el 18 de enero de 1562, en cuya mañana todos los miembros del concilio presentes en Trento se congregaron en la antigua iglesia de San Pedro, para dirigirse desde allí en procesión a la próxima catedral, para la solemne *apertura de la universal asamblea eclesiástica*. Formaban la cabeza de la procesión los miembros del clero regular y secular de la ciudad de Trento. Iban después de ellos los abades mitrados, noventa obispos, once arzobispos y tres patriarcas. Luego seguían el duque de Mantua, sobrino del cardenal, que había ido a Trento para la solemnidad, el cardenal Madruzzo y los cuatro legados pontificios, Gonzaga, Simonetta,

(1) El 28 de enero de 1562, en un consistorio, expresó el Papa su alegría por la apertura del concilio. V. Acta consist. en Laemmer, Melet., 213 s., y Ehses, VIII, 271. Cf. también una carta de Borromeo a Simonetta en Susta, II, 18.